

Juan 20:19-23

Juan 20:19-23 Reunión General de Pascua, 1995

Cristo murió y resucitó. Como dice Pablo, murió por nuestras transgresiones y resucitó para nuestra justificación. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo. El resultado es el más precioso don que puede haber para la humanidad, la paz, paz con Dios.

Pero si no llegáramos a conocer esta paz ganada por Cristo, de nada nos serviría. Tenemos que saber y estar seguros que la muerte y la resurrección de Cristo han ganado la paz, y que esta paz es realmente para nosotros.

Meditemos esta mañana, entonces, en el gran regalo del Cristo resucitado, la paz. Veremos que él mismo asegura a sus discípulos su paz. Luego veremos también que él sigue asegurando a la iglesia su paz.

Cuando vemos a los discípulos primero en esa noche del día de la resurrección vemos un escenario triste. Los discípulos están encerrados en un cuarto por miedo de los judíos. Es un grupo preocupado; no sabe qué les va a pasar. Ni siquiera las noticias que ya habían recibido de la tumba vacía había logrado disipar las tinieblas en las que estaban.

Y hay que decir que aun recibiendo las noticias de la resurrección, eso no necesariamente tenía que parecerles una noticia totalmente buena. Seguramente le habrían extrañado. Sin duda su afecto por su memoria les habría hecho desear que fuera cierta la noticia de las mujeres y aun de Simón y los discípulos de Emaús. Pero hay que recordar quiénes estaban reunidos en ese cuarto. Discípulos, sí. Pero discípulos que se habían echado a correr cuando Jesús fue arrestado. Discípulos, uno de los cuales, Pedro, había negado tres veces, hasta con maldiciones y juramentos conocer a ese Señor. Eran discípulos que habían pecado contra su maestro. Aun en el caso de que fuera vivo, ¿cómo trataría con ellos? El temor que tenían de los judíos, ¿no tendría que ver también con una conciencia mala?

Pero pronto viene el Señor mismo para disipar sus dudas y temores. “Vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros”. Paz a vosotros. Un saludo común, sí, pero en la boca de Jesús lleno de significado. El les había dicho aun antes de su sufrimiento y muerte: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”. La paz es bienestar. Para el mundo esto significa gozar de buena salud, poder vivir tranquilos, sin amenazas, tener

suficiente dinero, etc. Pero la paz que da Jesucristo es una paz que resulta en quitar la turbación del corazón, en quitar el miedo — y esto aun cuando no cambia la situación externa, sí, aun cuando se acerca la muerte.

En otro pasaje Jesús indica lo mismo: “He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y mi dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”. La paz no es el cambio en la situación externa. Les dice que tendrán aflicción. Pero en medio de su aflicción gozará de la verdadera paz en él, porque él ha vencido al mundo.

Y cuando el Cristo resucitado, que había llevado el pecado del mundo sobre su santa espalda en la cruz, apareció y dijo a sus discípulos — pecadores que fueron — “paz a vosotros”, les estaba pronunciando lo que más necesitaban, les absolvía de sus pecados. La paz que da Jesucristo es paz con Dios, es la buena nueva de que el pecado, que había traído enemistad con Dios, la ira de Dios, el castigo de Dios, estaba ya eliminado. Jehová había cargado todo sobre Jesús. En su cruz el pago completo por el pecado se había hecho. La resurrección dio prueba de ello. Por eso, cuando los discípulos oyeron estas palabras, y se dieron cuenta de la realidad de la resurrección de Jesús, “se regocijaron viendo al Señor”.

¿Pero qué es lo que había cambiado realmente? ¿Los líderes judíos les eran menos hostiles? ¿Ya había pasado el peligro? Las mismas palabras de Jesús en la anterior ocasión, cuando Jesús dijo que tendrían aflicción en el mundo, nos dirán que no. También toda la experiencia de los apóstoles después lo demostrarían. Sufrirían cárceles, azotes, lapidaciones, naufragios, y muchos de ellos la muerte por causa de Cristo. Sin embargo, aunque el mundo no lo entienda, tenían toda la razón en regocijarse. Mientras era cierto que no se habían cambiado sus circunstancias externas, algo sí había cambiado. Tenían ya la conciencia limpia. Tenían la seguridad del perdón de los pecados. Con eso tenían la seguridad de tener a un Dios bien dispuesto y lleno de misericordia hacia ellos. Con eso podían estar seguros que pase lo que pase, tenían la victoria. “Yo he vencido al mundo”, había dicho Cristo. Por eso podían ir, llenos de la paz del Señor, de detrás de esas puertas cerradas y testificar valientemente frente a toda oposición y amenaza. Si Dios estaba por ellos, ¿quién contra? Entonces todas las cosas, hasta las que parecían malas, tenían que servirles finalmente para su bien.

¡Qué maravilloso fue para los discípulos recibir la paz del Señor. Pero Jesús tenía más para decirles: “Entonces Jesús les dijo otra

vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío”. Los que habían recibido la paz de Jesús debían también extender esa misma paz a otros. Si bien ellos no harían esa paz — eso fue obra de Jesús de una vez para siempre en la cruz — ellos sí distribuirían esa paz de la misma manera como Jesús acababa de darla a ellos. “Como me envió el Padre”. Con estas palabras Cristo mismo comisiona a su iglesia a ser portadores y comunicadores de la paz. A un mundo que perecía bajo la ira de Dios, debían consolarles con el mensaje de la paz del Salvador resucitado. Sería un error pensar que esta comisión fue dada solamente a unos individuos en la iglesia, o solamente a los pastores. Hubo otras personas presentes además de los apóstoles, por ejemplo los discípulos de Emaús. No, esto es algo que Cristo dio a toda la iglesia, toda la congregación, si bien para el buen orden la administración pública se haría por el ministro llamado.

¿Y, en qué consiste este poder? ¿Cómo distribuirían esta paz? “A quienes remitieris los pecados, les son remitidos, y a quienes se los retuviereis, les son retenidos”. Lo que Cristo aquí dice a los cristianos es que, así como han sido consolados con el mensaje de paz y perdón por el Señor resucitado, ellos tienen el privilegio de comunicar la misma paz. Y lo hacen con una palabra, con un pronunciamiento. Al corazón triste, deprimido, agobiado y atribulado por su pecado, el cristiano puede decir así como su Señor dijo al paralítico: “Ten ánimo, tus pecados te son perdonados”. Y son perdonados. Ya que las palabras son habladas con la autoridad de Cristo mismo, en el poder de su Espíritu, Dios mismo respalda y confirma esas palabras desde el cielo.

Todos conocemos la aplicación que nuestro Catecismo hace de estas palabras en la administración privada o pública de lo que solemos llamar “el oficio de las llaves”. “Cuando los ministros debidamente llamados de Cristo, por su mandato divino, tratan con nosotros, especialmente cuando excluyen a los pecadores manifiestos e impenitentes de la congregación cristiana, y cuando absuelven a los que se arrepienten de sus pecados y prometen enmendarse — creo que esto es tan válido y cierto, también en el cielo, como si nuestro Señor Jesucristo mismo tratase con nosotros.” Considerando esto, cuando nuestros pecados nos atormentan, cuando sentimos los dolores de la conciencia, cuando se apaga nuestro gozo y sentimos dudas acerca de nuestra salvación, no debemos quedarnos solos con esos pensamientos, para que Satanás nos siga debilitando o nos hunda en el temor y la desesperación. Debemos ir y conversar con nuestro pastor o algún otro hermano cristiano y decirle: “He hecho esto o aquello, y mi conciencia no me deja en paz. Te pido que me absuelves de mis pecados”. Y cuando oímos las preciosas palabras: “Por el mandato de Cristo, yo te perdono

todos tus pecados, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, ya no debemos dudar. Ya no debemos decir: “¿Quién sabe si será así?”, y mantenernos tristes. ¿No han escuchado las palabras de Jesús aquí? “A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos”. Entonces, ¿por qué dudas? Lo que el pastor o tu hermano cristiano te ha anunciado, Cristo mismo te lo ha dicho, por medio de él. No tienes aquí más razón para quedarte triste y cargado con tus pecados que los discípulos que oyeron a Jesús decirles: “Paz a vosotros” en la noche de la Pascua. Más bien debes llenarte de alegría como ellos cuando vieron al Señor y oyeron estas cosas de él.

“Yo os envío”, dice el Salvador. Quisiera esta mañana también animarles a usar este privilegio que Cristo ha dado a su iglesia en su trato uno con el otro. Cuando veas triste y deprimido a tu vecino, cargado de sus pecados, háblale de Cristo y su perdón. Cuéntale que Dios mismo ha hecho la paz entre sí y los pecadores, que hay perdón para los pecadores. Por medio de ti Cristo mismo le estará hablando. Si no cree, sus pecados le serán retenidos, pero creyendo, encontrará que es absolutamente cierto que para él también hay un Dios de misericordia, que perdona sus pecados.

Padres de familia. No se limiten solamente a castigarles cuando sus hijos hacen mal o han desobedecido. Cuando recapaciten y vengan después y digan: “Lo siento, papá, lo siento mamá”, asegúrenle también de su perdón. Pero no solamente el perdón de Uds. Diles que Dios también les ha perdonado, que Cristo murió también por ese pecado. Les darás el mayor don que puedes darles, la paz de Cristo. El mismo respaldará sus palabras.

Y esposos y esposas, ¡cuántas ofensas cometemos uno al otro! ¡Qué carga de culpa nos amontonamos en nuestras relaciones a través de los años! Sin embargo, ¡qué bendición cuando cada uno, reconociendo sus propias faltas delante de Dios, y buscando de él el perdón y la paz, también pueda oír de su cónyuge, “Y yo te perdono, y Dios también por causa de Cristo”. De momento se deslizan las cargas de años, el sol vuelve a salir, los pájaros comienzan a cantar. Parece primavera otra vez. Ha vuelto la paz, la paz de Jesús.

Miembros de la congregación, no dejen que se acumulen un largo registro de ofensas cometidos de una y otra parte, creando hostilidad y roces entre hermanos en Cristo. Confiesen unos a otros sus faltas. Y aunque te hayas sentido el agraviado, piensa en el gran costo de este perdón y paz, cuánto Cristo soportó por tu redención, y entonces no retengas esa paz de tu hermano, aunque te haya ofendido gravemente. Perdónale, como has sido perdonado. Asegúrale del perdón de Cristo. Y Cristo te

respaldará y se alegrará de que tú también has cumplido la gloriosa comisión que él te dio cuando dijo: “Así como mi envió el Padre, así también yo os envío”.

Sí, que este glorioso mensaje de paz de nuestro Señor resucitado realmente se haga el centro de todas nuestras relaciones como miembros de la congregación cristiana. Dios lo conceda. Amén.